amenazadas de ser absorbidas por el sol, toman precauciones y aceleran el paso; mientras que las de Neptuno, más lejanas, han optado por una marcha lenta y majestuosa; y todas saben que la atracción ha de regularse en razón directa de la masa y en razón inversa del cuadrado de las distancias. Saben más aún: aquí tenemos á la tierra, que no se olvida de inclinar su propio eje de rotación sobre la elíptica de su órbita, para darnos el gusto de proporcionarnos las futuras estaciones del año; ni de destacar un satélite que sea el encanto de nuestras largas noches de invierno. Todo eso han hecho las moléculas por sí mismas allá en la infancia del arte, cuando apenas había comenzado la evolución ascendente que ha de conducirlas á la plena conciencia de sí mismas; todo eso han hecho hace ya millares de años, sin que se les ocurriera entonces, ni después, ni nunca "formar un pueblo ó construir una casa, 1. No cabe duda: si todo efecto supone una causa, el efecto ordenado supone causa ordenadora, y por lo mismo inteligente, ya que sin inteligencia no es concebible el orden admirable y constante del universo.

§ VI

Ornato del mundo según la fe.

- Amplia libertad del sabio.—2. Objeto del hexámeron según Sto. Tomás.—3. Puntos que abarca el hexámeron de Moisés: Otro texto notable de Sto. Tomás.—4.
 Tres sistemas católicos de exégesis.—5. La exégesis moderna: el día del Génesis.
 —6. No puede haber conflicto entre la ciencia y la fe.—7. Amplia libertad con que los santos interpretaron estas materias.
- 1. Mucho se ha escrito con el propósito de concordar los descubrimientos cosmológicos y geológicos con el hexámeron de Moisés, y de harmonizar la ciencia con la fe. Sin em-

bargo, basta definir una y otra, y emplazar ante una crítica imparcial sus conclusiones incontestables, para persuadirse de que hay muy poco que concordar.

Una vez establecida la creación de la materia y de la fuerza, la Iglesia nada más enseña que ligue al católico respecto al modo con que esa materia salió del primitivo estado caótico, se separó en elementos diversos y tomó las diferentes formas con que posteriormente se presenta á la admiración de los hombres. Partiendo el sabio de aquel dogma fundamental, revelador de un misterio, al cual la ciencia no ha podido jamás llegar adunando todos sus medios de investigación, puede muy bien consagrarse á la resolución de los múltiples problemas que presenta la astronomía, la geología y la paleontología, seguro de no encontrar en la doctrina oficial de la Iglesia católica nada que le embarace en su marcha progresiva hacia la conquista de la verdad.

2. No había recibido Moisés la misión de iniciarnos en la astronomía, la geología, la zoología y demás ciencias naturales, sino en la religión verdadera, que procura exponer de manera que sea accesible á todas las inteligencias 1. Insistiendo especialmente en inculcar que el mundo es obra de Dios, recorre todas sus especies de seres para decirnos que son buenas, que nada es malo en las obras del Sumo Hacedor, que todo debe llevarnos á su conocimiento y excitar en nuestras almas sentimientos de gratitud. Propúsose además sustituir la semana con el descanso del séptimo día como una profesión pública del dominio absoluto y soberano de Dios sobre cuantas cosas contiene la creación. Por eso su lenguaje no es didáctico, sino usual y popular, como hacen frecuentemente los mismos sabios cuando hablan fuera de las academias, diciendo que el sol sale y anda y se pone, y dividiendo las estrellas en mayores y menores, no según las

¹ Ráulica, La Creación, pág. 385.

¹ Sto. Tomás, Primera parte, cuest. 68 y 70.

conocen por sus observaciones astronómicas, sino á la manera con que á simple vista son apreciadas. Y por eso no ha de buscarse en el Génesis estilo científico, ni extrañarse nadie de que Moisés hable del sol, de la luna y de las estrellas, y de sus relaciones con la tierra, limitándose á las apariencias y preteriendo toda disquisición superior á los conocimientos de su época. Son, por otra parte, como ya hemos indicado, muy reducidos los temas comunes á la cosmogonía mosaica y á las ciencias naturales. Ocúpase Moisés en los origenes del mundo, de los cuales nada absolutamente cierto pueden establecer con sus observaciones las ciencias; estudian éstas los fenómenos é indagan las leyes que rigen el actual orden de cosas, de las cuales no se ha cuidado el autor inspirado. "Escribió Moisés los prolegómenos de las ciencias naturales, 1 en su génesis del mundo, y dejó el estudio de su evolución á la inquisición de los sabios, según la conocida frase del Eclesiastés: "Todas las cosas que hizo Dios son buenas usadas á tiempo; y entregó el Señor el mundo á las disputas de los hombres; de suerte que ninguno de ellos puede entender perfectamente las obras que creó desde el principio hasta el fin, 2.

3. Empero si nada dogmáticamente enseña el *Génesis* respecto á la distinción y ornato de los seres criados, ¿no hay asertos en el libro de Moisés imposibles de negar racionalmente, sin que se infiera al texto sagrado manifiesta violencia?

Así lo creemos.

Moisés, aparte de la creación del mundo corpóreo en el tiempo, cuya causa es Jehová, enseña: 1.º Que las obras de la creación fueron perfeccionadas despacio y sucesivamente, y no todas á la vez; 2.º Que la tierra estuvo algún tiempo en estado caótico; 3.º Que la luz fué el primer fenómeno notable que siguió á ese estado de confusión, á lo menos en nues-

1 Kurz, Bibel und. Astronomie. 2 Eccle. III, 11. V. á Hurter, Theologia Specialis, II, p. 220, Insprunt, 1888. tra tierra; 4.º Que el Señor observó cierta graduación en el ornato de la naturaleza, produciendo los organismos más sencillos é imperfectos antes de los más complicados y perfectos; 5.º Que la tierra emergió del agua, apareció seca y se cubrió de plantas; 6.º Que esa misma tierra permaneció algún tiempo destituída de toda vida vegetal ó animal; 7.º Que las plantas germinaron antes que los reptiles, las aves y los peces hubiesen poblado la tierra, el aire y los mares; 8.º Que los mamíferos son posteriores á otros animales menos perfectos y á los animales acuáticos; 9.º Finalmente, que el hombre es la corona de esa evolución admirable 1.

Para que estas y otras afirmaciones de la Biblia no se confundan con las enseñanzas de la fe, conviene no olvidar la prudente distinción establecida hace ya más de seiscientos años por Santo Tomás de Aquino: "De dos maneras—dice el Angélico Doctor – son las cosas de la fe: pertenecen unas á la substancia de la misma fe, como la unidad y trinidad de Dios, acerca de lo cual no es lícito opinar de otra manera, ni aun apoyándonos en el testimonio de un ángel; otras cosas, por el contrario, sólo accidentalmente y por hallarse consignadas en las Santas Escrituras pertenecen á la fe, ya que la fe supone que la Escritura sué promulgada dictándola el Espíritu Santo. Estas últimas cosas, entre las cuales figuran los hechos históricos, no solamente pueden ser ignoradas sin peligro alguno por los que no tienen obligación de saber las Escrituras, sino que han sido explicadas de diferente manera por los santos. Tratándose del origen del mundo, pertenece á la substancia de la fe que el mundo comenzó por creación, y en esto están de acuerdo todos los santos; pero no pertenece á la fe, sino de una manera accidental, el modo y orden con que el mundo fué hecho; porque

¹ Pianciani, In historiam Creationis Mosaicae Commentarium, LXXXI.

los santos lo han entendido de diferente manera, salvando, no obstante, la verdad de la Escritura..... Ni en la distinción de las cosas es necesario atenerse al orden de tiempo, sino que basta el orden de naturaleza ó de método..... Por cuya razón Moisés, que enseñaba la creación á un pueblo tosco, pudo muy bien dividir en partes lo que fué hecho de una vez 1.

Así, pues, el orden y modo de la distinción y ornato de los seres de la creación sólo accidentalmente pertenece á la fe, y sin faltar á la verdad de la Escritura, podemos sostener opiniones diferentes, como hicieron los santos, y apartarnos tranquilamente de la enseñanza literalmente tradicional, exponiendo el primer capítulo del Génesis de conformidad con los nuevos datos que las ciencias naturales nos presentan. Y no se alarme nadie de esta libertad. Ni se trata de la substancia de la fe, ó como quieren los Concilios Tridentino y Vaticano, de la propagación de la doctrina cristiana, ni los Santos Padres tienen en estas materias el mismo sentir. La tradición legítima consiste precisamente en tener presentes todos los datos de la ciencia para inteligencia del sagrado texto.

Veámoslo.

4. Siendo regla general de hermenéutica que no debe abandonarse el sentido literal de los libros sagrados sin motivos graves que lo justifiquen, muchos expositores anteriores al siglo pasado y algunos de posterior fecha, como Keil, Sorignet, Laurent y Bosizio, defendieron el sentido que Santo Tomás llama conforme á la superficie de la letra, en la exposición del texto de Moisés. El hexámeron corresponde á una semana de días, y los días genesíacos, aun los anteriores á la aparición del sol, fueron espacios de veinticuatro horas.

Piensan otros, por el contrario, que la creación, distinción y ornato de los seres fué un acto simultáneo de la omnipotencia divina, anterior á los seis días, que sólo admiten en sentido alegórico, como San Agustín, ó como método de enseñanza para grabar profundamente en el ánimo, mediante una sucesión didáctica, un orden de cosas que apareció súbitamente en sus causas y se evolucionó después bajo la acción ordinaria de esas mismas causas. Apóyanse especialmente en las palabras del Eclesiástico: El que vive eternamente creó todas las cosas á la vez 1. Es notable, entre las diferentes explicaciones que debemos á los Padres, la que San Agustín desarrolló magistralmente siendo va obispo. "Dios — dice el santo Doctor — creó dos cosas al principio del tiempo: la materia informe y el espíritu, y también los elementos. Los grados intermedios, como los cuerpos mixtos, los compuestos físicos y químicos, los seres orgánicos é inorgánicos en una palabra, y el mismo cuerpo del hombre, que hoy se producen por las fuerzas de la naturaleza, no fueron entonces producidos por Dios sino virtualmente, en germen, ó en sus causas, que se han desarrollado después de aquellos días alegóricos bajo la acción de la causa primera, al tenor de lo que expresa el Santo Evangelio: Mi Padre, hoy como siempre, está obrando; y yo, ni más ni menos 2,. La Iglesia no ha censurado este modo de ver del grande Obispo de Hipona; Alberto Magno lo encontró aceptable. y Santo Tomás de Aquino opina que en sus líneas fundamentales es más racional que la exposición vulgar de los seis días naturales 3. Podemos contar á Filón, á San Isidoro, á Clemente Alejandrino, á Orígenes, á San Atanasio, á San Gregorio Niseno, á San Basilio, á San Buenaventura, á Six-

¹ Santo Tomás, 2.º de las Sentencias, distinc. 12, art. 2.º; Roma, 1570.

¹ Eccli, xvIII, 4.

² San Juan, v, 17,

³ San Agust., De Genesi ad litteram et De Civit. Dei; Alb. Magn. II Part. Summæ, Tract. 4.°, quæst. 14; Santo Tomás, locco citato.

to Senense, y á otros aún, como defensores más ó menos explícitos de esta interpretación, 1.

Hay un grupo de expositores, notables bajo diferentes conceptos, que toman un tercer camino, suponiendo la existencia de un período larguísimo de tiempo entre la creación de la materia mencionada en el primer versículo del Génesis y el estado caótico de la tierra, que se afirma en el segundo versículo, y, por consiguiente, antes de los seis días genesíacos, que debieron ser ordinarios. Dios, según ellos, creó el cielo y la tierra, es decir, los ángeles y la materia, y desde ese momento fluye un período de tiempo que Moisés dejó en el misterio, por ser extraño al fin que Dios le había señalado. Durante ese período pudieron condensarse los globos celestes y la misma tierra, aparecer alguna luz, separarse la árida de las aguas, y verse cubierta de plantas y poblada de animales, de las mismas clases y géneros que los actuales, aunque no de la misma especie. Ocurrieron entonces-añaden-diferentes revoluciones naturales, inundaciones, elevaciones de montañas, emersiones y submersiones de continentes y de islas, y una catástrofe final, á consecuencia del pecado de los ángeles-dicen algunos-que redujo la tierra al estado caótico y tenebroso, en que la toma Moisés en el versículo segundo para comenzar la historia del hombre con la de la restauración de nuestro planeta. La Iglesia tolera esta hipótesis, esbozada en parte por Beda, Pedro Lombardo y Teodoreto 2, y ampliada y defendida, no sólo por los protestantes Buckland y Chalmers, sino por católicos, como Desdouits, Jehan, el Cardenal Wiseman, Schlegel, Mayrhofer, Westermayer, Guiraud, etc.

5. Finalmente, los comentaristas que se han dado cuenta

1 Hurter, Theolog., tomo II, pág. 222.

de los modernos progresos realizados por la astronomía, la estratigrafía y la paleontología, comprenden la dificultad de explicar el estado actual del mundo, manteniendo la interpretación del Génesis en el sentido de días ordinarios, y los suponen proféticos, de duración no conocida, toda vez que ni la revelación ni las ciencias la determinan de una manera aproximada; ó suponen, por lo menos, que mediaron esos largos períodos de tiempo entre los seis días de Moisés, en el caso de sostener el sentido literal de los días de veinticuatro horas. No hay para qué insistir en lo que todos conocen perfectamente, á saber: que tanto la palabra original hebrea como su traducción dies de la Vulgata, tiene la doble acepción de espacio de veinticuatro horas y de espacio indeterminado. "Opinionum commenta delet dies, naturæ judicia confirmat., había dicho Cicerón. La misma Escritura da diferentes veces el sentido de período ó época á la misma palabra que expresa los supuestos días genesíacos, y muy especialmente al resumir la obra de los seis días con estas palabras: "Tal fué el origen del cielo y de la tierra cuando fueron creados, en aquel día en que el Señor Dios hizo el cielo y la tierra, 1.

Nadie que hava leído las Escrituras puede ignorar—afirma San Agustín-que en ellas se usa la palabra día en vez de la palabra tiempo 2; lo mismo enseñan San Hilario y San Ambrosio y los antiguos rabinos, que distinguían los días humanos de los días divinos, dando á estos últimos larguísima duración 3. La ciencia cristiana no apela al milagro ni al poder extraordinario de Dios para darse cuenta de fenómenos que pueden explicarse perfectamente por la acción de las causas segundas ó naturales, y ante la dificultad de aplicar la noción de día natural á los períodos que se suce-

² Moisés Maimónides cita el siguiente comentario de R. Abhhu al principio del Génesis: "Hinc habemus quod Deus ædificaverat mundos, et illos iterum destruxerat. Será, pues, Abhhu el padre de esta hipótesis.

¹ Génesis, II, 4.

² De Civit. Dei, xx, 1.

³ Rabbi Nechonja, Bahir, in Psalm. 90, nobis, 89

dieron antes que el sol brillase sobre la tierra; en vista del larguísimo espacio de tiempo necesario para que llegue hasta nosotros la luz de las estrellas, que, sin embargo, fueron vistas por Adán; en consideración á los estratos de la corteza terrestre y á sus fósiles vegetales y animales, que debemos suponer havan tenido origen y desarrollo, muerte y descomposición análogos á los de las actuales especies orgánicas, por más que sea permitido admitir mayor actividad en muchos agentes naturales; ante los fenómenos de condensación que se observan en algunas nebulosas; ante las manchas que presenta el sol, como principio de un enfriamiento que apague algún día ese luminoso astro, y ante el estado que ofrecen la luna y otros planetas, que junto con las pérdidas constantes de energía en nuestro mundo parecen anunciarnos los futuros destinos de la tierra; ante estos y otros hechos que no es del caso enumerar, han creído muchos geólogos y expositores sagrados, entre ellos el P. Bechetti, O. P. los PP. Pini y Ghisi, barnabitas, el Pbro. Rohrbacher, Berthur del Oratorio, el Obispo Bossuet y casi todos los geólogos y teólogos modernos, hallarse autorizados para abandonar la exposición del hexámeron en el sentido de días naturales, más conforme á la superficie de la letra, según la gráfica expresión de Santo Tomás, aunque menos racional, y por ende menos científica, aceptando en su lugar la de épocas indeterminadas, que cabe perfectamente dentro de las doctrinas y tradiciones de la Iglesia.

6. Pueden, pues, los astrónomos y geólogos discurrir con amplio critério, como lo hace De Lapparent, ilustrado profesor de la Universidad Católica de París, y como lo hizo el P. Monsabré en el púlpito de Nuestra Señora, sin temor de provocar un conflicto con la ciencia sagrada en el desarrollo de sus teorías sobre la distinción y ornato, ó sea sobre la formación del mundo material. La Iglesia nada enseña acerca del tiempo transcurrido desde la creación de la

materia hasta la aparición de la luz; nada del que transcurrió desde que hubo luz hasta la formación del hombre; y nada tampoco preciso, dogmático, ni siquiera exacto, respecto de la antigüedad del hombre. Señaló San Jerónimo 3941 años desde Adán á Jesucristo, mientras que San Julián, Arzobispo de Toledo, elevó ese período á 6011 años.

3. Aún más: ni siquiera es de fe que el alma y los ángeles sean absolutamente espirituales, aunque sí que son inmortales. No ha sido definida taxativamente la creación inmediata del alma racional, doctrina, sin embargo, enseñada universal y constantemente y que no es lícito impugnar. Ha defendido San Agustín la evolución natural del cuerpo del hombre con más claridad, si se quiere, que Empedocles, Aristóteles, Lamarck ni Darwin; han sostenido San Gregorio Nacianceno, San Jerónimo, San Hilario, San Juan Damasceno y otros anteriores al Concilio IV de Letrán, que los ángeles habían sido creados antes que el cielo y la tierra; sostiene San Ambrosio que nada existe inmune de materia sino la Trinidad beatísima; sostienen Sereno y Casiano que los ángeles, arcángeles y virtudes celestiales están dotados de un cuerpo sutilísimo; pudo San Basilio atribuir á los ángeles una substancia etérea ó luminosa y suponerlos anteriores á la creación del cielo y de la tierra, y suponer además otra luz superior existente antes de la creación; y acaba de sostener el obispo de Clifton, Sr. Clifford, el simbolismo del hexámeron. La Iglesia, sin embargo, conserva con respeto y veneración los escritos intactos de aquellos antiguos Padres, mantiene sobre sus cabezas las diademas de gloria con que la posteridad los ha honrado, y no llama la atención de los modernos expositores, que abren nuevos derroteros ante la exégesis bíblica, y que hijos sumisos de la misma plegarían las velas de su ingenio ante una señal del piloto que gobierna la navecilla del pescador de Galilea. Ante tan elocuente tolerancia no debieran intimidar á ningún católico

los gritos de quienes intenten apartarle de una conciliación entre la ciencia y la Biblia, mediante la interpretación más amplia del sentido de los días del hexámeron ¹.

Y decimos entre la ciencia y la Biblia, pues siendo varias y opuestas las interpretaciones dadas hasta hoy del texto sagrado, y hallándose las que hemos expuesto sostenidas por eminentes católicos y toleradas á lo menos por la Iglesia, bien á las claras se ve que la fe nada nos dice en definitiva respecto al desarrollo de la creación material.

\$ VII

Ornato del mundo según la ciencia.

Progresos de la Geología. -2. Los supuestos conflictos entre Moisés y la ciencia.
 -3. La teoría geológica moderna expuesta por Lapparent. -4. Resumen de esta grandiosa hipótesis científica y su comparación con la narración de Moisés. 5. No hay conflictos. -Resumen doctrinal de este capítulo.

1. La ciencia llamada especialmente á intervenir es la Geología, ó conocimiento del orden de tiempo y espacio según el cual fueron depositados los materiales que componen el globo terráqueo. Ciencia esencialmente observadora, cuya historia se encierra en una centuria ², ha hecho rapidísimos progresos, y le es lícito lisonjearse de formular algún día la teoría científica que dé cumplida razón de cuantos datos viene acumulando. Mientras tanto estudia los grupos de rocas y de fósiles, las leyes de su yuxtaposición y superposición y sus estratos, á fin de darse cuenta minuciosa de la contextura de la corteza terrestre. Se hace cargo de las relaciones de nuestro planeta con los cuerpos celestes, de la atmósfera, del relieve de su superficie, del calor, del

magnetismo y de la vida esparcida en sus continentes y en sus mares; de los agentes mecánicos, físicos, químicos y fisiológicos que actúan sobre la tierra; y observa los fenómenos térmicos, volcánicos, geiséricos y de dislocación de terrenos; y emplazando ante todas estas causas cuantos datos suministra la Geognesia, intenta sorprender el lazo que los une, la razón de ese admirable orden, la teoría geogénica.

Los progresos incontestables realizados no la autorizan hasta hoy para pronunciar esa última palabra; muchos problemas geológicos siguen rodeados de dudas ó envueltos en tinieblas; es lícito, no obstante, sin incurrir en nota de temeridad, formular desde hoy las líneas generales de la historia de nuestro globo, como deducciones racionales de los hechos observados, si no como conclusiones de rigurosa demostración.

2. ¿Existe conflicto, no ya entre la fe y la ciencia—no se trata de eso,—sino entre los asertos de Moisés que hemos resumido en el párrafo anterior, como hechos que sólo accidentalmente pertenecen á la fe, y las deducciones racionales de la ciencia geológica?

Para contestar á esta pregunta dejaremos la palabra á un representante ilustradísimo de la Geología moderna, que resume admirablemente los hechos y las hipótesis que gozan de más crédito ante las eminencias de la ciencia. El lector, al comparar este resumen con el relato de Moisés, pronunciará el veredicto que su conciencia le dicte.

3. "Del estudio de la dinámica terrestre se deduce que no hay realmente sino dos fuerzas puestas en juego en todas partes: la gravedad ó atracción centrípeta de una parte, y de la otra el calor; calor externo procedente del sol, ó calor interno almacenado en las entrañas del globo. Si suponemos que toda la energía del sistema planetario estaba en su origen condensada en una nebulosa, es decir, en una masa dila-

¹ Clifford, Annales de Philosophie.

² Sténon, dinamarqués, sentó las primeras bases de la Geología (1669), confinuadas solamente desde fines del siglo pasado por Werner y otros geólogos.